

Finalista de Nuestras Voces National Playwriting Competition 2011
Medlife/Repertorio Español, New York.

CINCO MINUTOS SIN RESPIRAR

de

Gustavo Ott ©2011

ADVERTENCIA: Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse a través de SGAE. Quedan reservados todos los derechos. Quedan especialmente prohibidos los siguientes actos sobre esta obra y sus contenidos; a) toda reproducción, temporal o permanente, total o parcial, por cualquier medio o cualquier forma; b) la traducción, adaptación, reordenación y cualquier otra modificación no autorizada por el autor a través de su agente c) cualquier forma de distribución de las obras o copias de la misma: d) cualquier forma de comunicación, exhibición o representación de los resultados de los actos a los que se refiere la letra (b); e) Queda expresamente prohibida la utilización de otro nombre que no sea el del autor como responsable de esta obra, en especial, las formas “versión de” o “adaptación de”, ya que el autor es propietario del 100% de los derechos de estas obras. Los cambios de lenguaje, contextualización al habla de las distintas culturas, improvisaciones, cortes, agregados de palabras, modificaciones de escenas o de personajes, etc., forman parte del dinámico trabajo de puesta en escena en el teatro actual por parte de directores y actores, pero no da pie en ningún caso a entender el espectáculo como “versión” “adaptación” de este original. Las adaptaciones serán permitidas cuando se trate de un género a otro (teatro a cine, por ejemplo) pero siempre bajo la autorización del autor a través de su agente, SGAE. La infracción de estos derechos podrá conllevar el ejercicio de las acciones judiciales que en Derecho haya contra el infractor o los responsables de la infracción. Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo y deben ser solicitados al autor o a su representante la Sociedad General de Autores de España.

® TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
Register of Copyright,
Library of Congress, ©2011
Sociedad General de Autores de España-
SGAE 64.171 Gustavo Ott. Socio: 64.171
Dept. Dramáticos c/Fernando VI, 4.
(28004). Madrid, España.
Web: <http://www.sgae.es>

GUSTAVO OTT
gustavott@yahoo.com

SITIOS:

<https://sites.google.com/view/gustavo-ott>
<http://www.gustavoott.com/>
<https://gustavott2.wixsite.com/gustavoott>

*“La vida y los sueños son páginas de un mismo libro.
Leerlas en orden es vivir, hojearlas es soñar”
Schopenhauer*

*“La poesía es la única prueba concreta
de la existencia del hombre”
Luis Cardoza y Aragón*

PERSONAJES

MARGARITA
VALERIA

ESCENARIO:

Pasillo de tienda de almacenes.
Detrás, pantalla.

MINUTO 1: *Valeria Vegas y Margarita Weeks*

(Tienda por departamentos.

Margarita, con su carro de compras, va de un lado a otro. De pronto, se encuentra con Valeria.)

MARGARITA: ¿Ayer pudo llegar a tiempo? Me dio la impresión de que nuestra reunión se hizo muy larga y que usted salió tarde. ¿No le dijeron nada?

VALERIA: Recuerde que soy la supervisora. Nadie me molesta. Me miran mal, pero no me dicen nada. Además, soy la primera en llegar y la última en salir.

MARGARITA: Como yo, que apago las luces de la oficina cuando todos se han ido.

VALERIA: Y yo, que le echo la última mirada al supermercado antes de cerrar. Si hasta me despidió de él. Le digo: “Buenas noches, querido”

MARGARITA: ¿Querido? ¿Llama “querido” al supermercado?

VALERIA: Es que paso mucho tiempo aquí.

MARGARITA: Y le apaga la luz.

VALERIA: La verdad es que hay un mecanismo automático.

MARGARITA: Y el querido se acuesta a dormir.

VALERIA: Pero no se duerme rápido, primero hay que contarle un cuento.

MARGARITA: Y usted le lee los cuentos al supermercado para que se quede dormido.

VALERIA: Y no le salgan monstruos.

MARGARITA: ¿Le aparecen monstruos a las tiendas cuando están cerradas? Porque con los precios que hay por ahí, parece más bien que los monstruos aúllan cuando las tiendas están abiertas.

VALERIA: Son monstruos de sueños, no son de verdad. De día, los monstruos no existen.

MARGARITA: Monstruos de sueños en supermercado. *(Ríe)* ¿Y se asustan?

VALERIA: ¿A quiénes?

MARGARITA: Los supermercados. ¿Se asustan?

VALERIA: Claro que sí, por eso amanecen en rebaja.

MARGARITA: Qué lástima que mis monstruos no vengan con música ambiente, ofertas 2x1 y pago a crédito.

VALERIA: ¿Usted sueña con monstruos?

MARGARITA: Sí, pero los míos aparecen al despertarme. *(Ambas ríen, solidarias)* No la reconocí con el uniforme, señora Valeria.

VALERIA: Yo tampoco me reconozco mucho.

MARGARITA: ¿Cuántos años tiene trabajando aquí? Recuerdo que lo leí en su solicitud, pero se me ha olvidado.

VALERIA: Quince años, en enero próximo. Ahora que lo pienso... Usted viene poco ¿verdad?

MARGARITA: Voy más al “General”.

VALERIA: Ya lo decía. Es que conozco bien a todos nuestros clientes, muchos son mis amigos y hasta los recién llegados me saludan.

MARGARITA: ¿Los conoce a todos? ¿Tan poca gente viene o exagera?

VALERIA: Me refiero a que identifico a las personas. Es algo que viene con el trabajo. Y no solo los conozco de cara, sino también me gusta creer que percibo su personalidad.

MARGARITA: ¿Cómo así?

VALERIA: Que puedo decir quién es quién.

MARGARITA: ¿Los interroga al entrar?

VALERIA: *(RÍE)* Más bien por lo que compran. Ropa, electrodomésticos, artículos de ferretería, víveres, cosméticos, revistas. Si les gusta vestir de colores, si prefieren la carne al pescado, si llevan congelados, tipo de bombillas, papelería, zapatos. La compra es una radiografía de la gente.

MARGARITA: A ver, según esta compra, dígame; ¿cómo soy yo?

VALERIA: Pero es que así no vale porque yo a usted la conozco de antes. Sé que trabaja en el Banco, la vi ayer en la mañana.

MARGARITA: Pero según mi compra...

VALERIA: Muy bien. (*Ve la compra*) Una falda bonita, baterías Triple A, un cuaderno para escribir, perfume, crema para la cara, pasta importada, tomate caro, aceite de oliva. Lasaña congelada. Yogurt. Pan francés. Comida para gatos de marca.

MARGARITA: Exacto. ¿Entonces?

VALERIA: Hogareña. Pocas cosas, vive al día. El gato come bien, pero poco. No lo quiere gordo. ¿Quizás sea gata? (*Ella asiente*) Está ahorrando y no le gusta. Pero usted economiza no como cualquier otra cliente, sino en serio, como si de pronto se encontró con un problema económico.

MARGARITA: ¿Ahorrando? ¡Pero si todo esto es carísimo!

VALERIA: Aprovechó la oferta 2x1 en las cremas y 5x3 del Yogurt, que por lo demás no es el mejor. Ni siquiera el mediano. Es el barato. Hará una pasta Alfredo para la cena.

MARGARITA: (*Ella asiente, riéndose*) ¿Y qué más?

VALERIA: ¿Seguro?

MARGARITA: Sí, adelante.

VALERIA: ¿Con todo?

MARGARITA: Sin misericordia.

VALERIA: Diría que antes no veía los precios, porque el dinero no se le ocurría; quiero decir que no pensaba en él. Ganaba bien, no mucho, pero lo normal y en su casa compartía gastos con otra persona. ¿Esposo? Quizás ya no; no hay nada para hombres y las cantidades son para una persona. Un hombre come mucho, y esta compra no lo anuncia. ¿Separación? ¿Divorcio? ¿Todo muy recién? (*Ella no responde*) Antes estaba pendiente pero su problema actual, quizás súbito, es tratar de mantener los gustos que tenía antes de este período de ahorro, aunque sea de a poco, por cuentagotas. Porque le recuerda que hubo un tiempo en el que estuvo mejor.

(*La mira*) Es la primera vez que compra ropa en esta tienda.

MARGARITA: Sí, es mi primera vez. ¿Cómo lo supo?

VALERIA: Lo que lleva puesto es su estilo, pero de tienda especializada, comprada cuando le iba mejor. Tenía alguien a su lado y se la quería lucir. Además, aquí vendemos una falda

de marca propia, de la compañía, que es igualita a la que lleva, pero la nuestra es mucho más económica.

MARGARITA: ¡No la vi!

VALERIA: Porque es la primera vez que compra ropa con nosotros. ¿Le gusta? (*Ella va a contestar, pero Margarita la interrumpe*) ¿No vino a la tienda por mí, verdad?

MARGARITA: (*Avergonzada*) La verdad es que sí.

VALERIA: ¿Algo no quedó claro ayer? ¿Le faltó alguna cosa a mi solicitud? Me he pasado todo el día pensando en ese préstamo. Fíjese que esta mañana pasé por la casa. ¡Y le tomé otra foto!

MARGARITA: No se preocupe, todos sus documentos están completos. Pero cuando usted dejó la oficina, sucedieron otras cosas que no sabe, y entonces decidí pasar por aquí para informarle, por si acaso...

VALERIA: ¿Qué sucedió? Usted me dijo que ya estaba autorizado. Lo firmamos todo. ¿No?

MARGARITA: Sí, todo quedó firmado y el préstamo para su casa ha sido aprobado, como le dije ayer. Pero quería indicarle que luego de que usted se marchara, tuve una reunión con el Director de Oficina y la Gerente de Recursos Humanos y entonces, pues, ellos me informaron que podía irme.

VALERIA: No entiendo. ¿Y a dónde se fue?

MARGARITA: Quiero decir que me despidieron.

VALERIA: ¿Despedida? ¿A causa de mi préstamo?

MARGARITA: No tiene nada que ver con usted, no se preocupe, era algo que se veía venir. Tenía un mes, mejor dicho, dos meses esperando que me despidieran.

VALERIA: Lo siento mucho.

MARGARITA: No es un gran problema, de verdad. Por eso vine hasta aquí. Quería decirle, cara a cara, que ya no trabajo en el Banco, por si acaso va a buscarme. Además, me pareció prudente informarle que, si tiene preguntas sobre su préstamo, puede hablar directamente con la Gerente. Ella se llama Mónica Morales y por ahora estará a cargo de todas las cuentas que yo llevaba.

VALERIA: Pues no será lo mismo sin usted, claro

MARGARITA: (RÍE) ¡Claro que no!

VALERIA: ¿Por eso lleva la crema 2x1?

MARGARITA: No lo sé; quizás sea por eso.

VALERIA: Debería venir más a esta tienda, tenemos mejores precios que en el “General”, créame. *(Saca unos papeles de su bolsillo)* Voy a aprovechar para darle estos cupones.

MARGARITA: No es necesario...

VALERIA: Están muy bien para los enlatados, jardinería, artículos de cocina y hasta libros.

MARGARITA: ¿Libros? En el “General” no tienen libros.

VALERIA: La idea es que usted encuentre todo aquí y no tenga que ir a otro lado. Y a cambio de su confianza, nosotros le damos un mejor precio y variedad.

MARGARITA: Ya listo, se la compro. *(Ríe)* ¿Dónde están los libros? No los vi...

(Vemos un estante de libros Best Sellers)

VALERIA: Sígame. *(La va llevando hacia los libros)* Es mi área más frecuente. Cuando no hay mucha gente, yo misma me la asigno. Y aquí paso mi hora libre.

MARGARITA: ¿Leyendo?

VALERIA: O pensando. *(Muestra los libros)* Mire, eche una ojeada. Hay muy buenos precios.

MARGARITA: Los voy a revisar...

VALERIA: Leer es un buen hobby.

MARGARITA: Sobre todo ahora que tendré tanto tiempo libre.

VALERIA: Hasta que encuentre otro trabajo.

MARGARITA: O no. Una nunca sabe. Quizás mi época de mujer asalariada llegó hasta hoy.

VALERIA: No diga eso. Le irá bien. ¿Le dieron carta de recomendación?

MARGARITA: Sí, una muy bonita y con muchas mentiras. *(Viendo los libros)* Quizás pueda comenzar a leer. Mejor que la tele... ¿no?

VALERIA: Puede llevar los libros a las entrevistas de trabajo.

MARGARITA: ¿Si me ven leyendo me tratarán mejor?

VALERIA: Me refiero para cuando le toque esperar.

MARGARITA: Y dejo a un lado mi teléfono y los mensajes de texto. No sabe el tiempo que paso mirando la pantallita. Si creo que hasta me ha salido una joroba.

VALERIA: Para nada. Usted está muy bien y me temo que no tendrá tiempo para leer demasiado porque seguro que encontrará trabajo de inmediato.

MARGARITA: Ojalá, pero la verdad es que igual me da. Tengo dinero ahorrado como para pasarme un año sin problemas. Un año leyendo, ¿Leer trae problemas?

VALERIA: Le sorprendería.

(Oímos por el sonido interno una voz femenina monocorde)

VOZ: (EN OFF) ...234 por caja. 234 por caja.

(Valeria ve su reloj)

VALERIA: Esa soy yo.

MARGARITA: ¿234? Usted no parece una 234, sino más bien una 575.

VALERIA: ¿Y por qué 575?

MARGARITA: Números de gente alta, con energía, que sabe leer el carrito de compras de las empleadas bancarias despedidas.

VALERIA: Es una clave tonta. Me llaman porque vamos a cerrar y tengo que hacer el inventario del día. Si no me ven en caja, es capaz que cierran sin mí, así mejor que voy y los vigilo. Déjeme llevarle el carrito y le voy haciendo el despacho para que usted revise los libros. Llévase uno de esos que le haga sentir bien esta noche.

MARGARITA: ¿Y esos cuáles son?

VALERIA: Yo aconsejaría...

MARGARITA: ¿Los de niños quizás?

VALERIA: ¿Literatura Infantil?

MARGARITA: ¿Dónde están?

VALERIA: ¿Quiénes?

MARGARITA: Los niños

VALERIA: ¿Cuáles niños? ¿Mis niños?

MARGARITA: Mi hija tiene 10 años y le gusta leer.

VALERIA: *(Ríe)* Claro. Disculpe. ¿Su hija ha leído “Harry Potter”?

MARGARITA: Y todo lo que tiene que ver con brujas, dinosaurios, hijas buscando padres, padres buscando hijas, familias perdidas y en especial gatos y sus familiares; tigres, leones, leopardos, todos se los ha leído.

VALERIA: Revise en ese estante de la izquierda, ahí están las cosas nuevas...

MARGARITA: Lo nuevo es lo primero que lee.

VALERIA: Por aquí hay una sección de libros de segunda mano.

MARGARITA: ¿Usados?

VALERIA: Son más baratos y los puede comprar a montón por un mismo precio.

MARGARITA: *(Interesada)* ¿Dónde dijo?

VALERIA: Toda esa área. Segunda Mano.

(La estantería de libros usados brilla y es cuando ella la nota por primera vez.)

MARGARITA: Son muchos.

VALERIA: Los recibimos cada semana.

MARGARITA: ¿Pagan bien por los libros usados?

VALERIA: No mucho, pero la gente así se deshace de ellos y por lo menos reciben algo a cambio.

MARGARITA: Quizás debería traer algunos de mi hija.

VALERIA: Si están en buenas condiciones, le damos buen precio.

MARGARITA: Margarita los cuida bien, eso sí.

VALERIA: ¿Margarita se llama la niña? Es un lindo nombre

MARGARITA: Quería ponerle María, pero luego, por un poema que leí en una revista mientras esperaba para dar a luz, le puse Margarita.

VALERIA: “Este era un rey que tenía/ un palacio de diamantes/ una tienda hecha de día/ y un rebaño de elefantes/un kiosco de malaquita/un gran manto de tisú/y una gentil princesita...”

AMBAS: “Tan bonita , Margarita, tan bonita, como tú.”

VALERIA: Darío.

MARGARITA: Ese mismo.

(Suena su teléfono portátil de Margarita. Revisa quién llama y responde, con mala cara y tono. Hace un gesto a Valeria indicándole que hablará en privado. Valeria se aparta un poco y comienza a sacar la cuenta de la compra con una calculadora pequeña, pero oye la conversación)

MARGARITA: *(Al teléfono)* Te dije que trabajaba hasta tarde hoy.

(Oye) No, no estoy molesta contigo.

(Oye) Te lo juro.

(Oye) No lo estoy.

(Oye) No fue tu culpa, ya lo sé.

(Oye) Fui yo la que dijo que no había sido tu culpa!

(Oye) ¡Claro que fui yo!

(Oye) Estoy en el Banco!

(Oye) ¡Sí, siempre hasta tarde!

(Pausa)

Regresaré en media hora. Un poco más.

(Oye) No sé. Voy a comprar un...

Un libro.

(Oye) Sí.

(Oye) Sí.

(Oye) Nos vemos.

(Oye) Yo también te quiero.

(Cierra su teléfono. Mira a Valeria)

Disculpa.

VALERIA: No se preocupe. ¿Todo bien?

MARGARITA: Claro, todo bien.

(De pronto, Margarita va a llorar. Valeria no sabe qué hacer)

VALERIA: ¿Sucedió algo?

MARGARITA: Es que murió la gata. Nuestra gata.

VALERIA: ¡Cuánto lo siento!

MARGARITA: Y fue su culpa.

VALERIA: ¿Su marido?

MARGARITA: Fue un accidente, claro, pero ahora nada es igual entre nosotros.

VALERIA: ¿Cómo murió la gatita?

MARGARITA: Sin querer, él le dio un golpe en la cabeza y la gata no se levantó más.

VALERIA: ¿Y cómo es que sin querer se le da un golpe en la cabeza a un animal?

MARGARITA: Haciéndolo.

VALERIA: ¿Cómo se llamaba?

MARGARITA: Margarita.

VALERIA: Como su hija.

MARGARITA: ¿Cuál hija? Margarita es la gata. Yo no tengo ninguna hija.

VALERIA: Me dijo que la tenía. De 10 años. Había leído Harry Potter...

MARGARITA: A mi edad leyendo cosas para niños. Debería cambiar. Debería ser más adulta. Debería leer cosas serias. Debería mentir menos. Debería madurar de una puta vez.

VALERIA: De todos modos, no es de mi incumbencia. Pero, déjame hacerle una pregunta... ¿Por qué mentir sobre algo así?

MARGARITA: No lo sé. Desde hace un tiempo no hago sino decir mentiras.

VALERIA: Ayer en el Banco... ¿Me mintió?

MARGARITA: No, claro que no.

VALERIA: ¿Y el trabajo? ¿Perdió el trabajo?

MARGARITA: Sí, eso es verdad. Una verdad demente y muy fría, al parecer. *(Oímos, una voz femenina monocorde)*

VOZ: *(En off)* ...234 por caja. 234 por caja.

VALERIA: Tenemos que cerrar pronto. Si quiere puede elegir el libro mientras hago la cuenta de cierre. (PAUSA CORTA) Usted... ¿Está bien?

MARGARITA: No, no estoy bien. ¿Puedo quedarme esta noche aquí?

VALERIA: ¿Cómo aquí?

MARGARITA: Es que no quiero volver.

VALERIA: ¿La esperan?

MARGARITA: No, no me esperan.

VALERIA: ¿Está diciendo una verdad o me está mintiendo otra vez?

MARGARITA: No lo sé.

VALERIA: ¿No sabe?

MARGARITA: Lo que es falso y lo que es verdadero.

VALERIA: Quizás deberíamos comenzar de nuevo. Hola, soy Valeria Vegas.

MARGARITA: Hola, me llamo Margarita Weeks.

VALERIA: Margarita Semanas, Margarita Siete días.

MARGARITA: Más bien, Margarita de Cinco Minutos.

VALERIA: Mucho gusto.

MARGARITA: Y sin mentiras, me quiero quedar a vivir aquí.

(Oímos una puerta que cierran)

VALERIA: Igual, ese sonido preside tres más. *(Suena un beep)* Conectaron la alarma. *(Un sonido de hierro que cierra)* Han puesto el seguro. *(Un sonido de interruptor. Baja la luz)* Y la luz de emergencia. Eso significa que nos hemos quedado encerradas aquí.

(Margarita se coloca rápidamente las manos en la cabeza. Vemos doce destellos blancos, frente al público, muy rápidos, uno detrás del otro. Al tiempo, oímos un indescifrable rumor in crescendo, como si se tratara de varias personas tratando de hablar al mismo tiempo.)

MINUTO 2: *Me duele sin explicaciones*

(Margarita con frío; notamos que ha estado llorando. Valeria lleva el carrito de compras y lo coloca a su lado.)

VALERIA: No se ponga así. *(Le da un pañuelo)* No entiendo cómo en un Banco tan importante pueden hacer estas cosas. ¡Hay que saber despedir a la gente!

MARGARITA: Lo que duele es la humillación.

VALERIA: Eso también, pero he comprendido que...

MARGARITA: Lo que duele es la humillación. No es el futuro o el dinero, Victoria. Ni siquiera la idea de perderlo todo. Es el maltrato. Una es la víctima. Y no es solo la víctima en ese momento, sino que siempre has sabido que eres una víctima, desde que comenzaste a trabajar; baja paga, malos horarios, condescendencia, marginación, en fin, desprecio. Eso, desprecio.

(Valeria baja la cabeza. Margarita nota que se siente culpable) No es usted. El problema es él.

VALERIA: ¿Su marido?

MARGARITA: Sé que él no tiene la culpa, pero de alguna forma, creo que la tiene.

VALERIA: ¿De qué?

MARGARITA: De lo que pasó.

VALERIA: ¿La gata? ¿El despido?

MARGARITA: Me refiero a que creo que tiene las culpa de que yo sea fea.

VALERIA: Usted no es fea.

MARGARITA: *(Tocándose la cabeza)* No lo sé.

VALERIA: Margarita, ¿Está bien?

MARGARITA: Es mi cabeza.

VALERIA: ¿Le duele?

MARGARITA: Me duele sin explicaciones.

VALERIA: ¿Quiere hablar? ¿Necesita hablar con alguien?

MARGARITA: No se preocupe. *(Señala la calculadora de bolsillo que Valeria lleva)* ¿Cuánto dio la cuenta? *(Valeria le dice)* Tiene razón; aquí hay mejores precios. Busco entonces el libro y me voy. *(Viendo a un lado)* ¿Hay siempre tantos guardias de seguridad en esta tienda?

(Valeria revisa de nuevo su reloj. Lo ve extrañada)

VALERIA: Son policías.

MARGARITA: Nada menos. ¿Qué sucede? ¿Les roban mucho?

VALERIA: No es por los robos, es por aquello que sucedió.

MARGARITA: ¡Ah! ¿Lo del atentado?

VALERIA: ¿Lo recuerda?

MARGARITA: ¿Fue hace tres años?

VALERIA: Hace cinco meses

MARGARITA: ¡Vaya! ¡Cómo no pasa el tiempo!

VALERIA: El tiempo es una opinión.

MARGARITA: Una opinión violenta.

VALERIA: Contundente.

MARGARITA: Y arrogante

VALERIA: Y desde el día de los disparos...

MARGARITA: Violentos, contundentes y arrogantes.

VALERIA: Tenemos más seguridad.

MARGARITA: ¿Estaba aquí cuando ocurrió?

VALERIA: *(Señala)* Sí, precisamente en esa área.

MARGARITA: ¿Y lo vio todo?

VALERIA: Tuve que ir a declarar y hasta lo conté por la tele.

MARGARITA: Recuerdo que hubo muchos muertos.

VALERIA: Seis. Un desastre. Disparó con un rifle.

MARGARITA: Fue un pistolero ¿No? ¿Uno solo?

VALERIA: Un maldito hijo de puta, si me perdona la palabra.

MARGARITA: No se preocupe, que estoy de acuerdo: para matar a tanta gente así hay que ser un hijo de puta.

VALERIA: Violento, contundente y arrogante.

MARGARITA: ¡Ya lo recuerdo! ¡Por eso era que nunca venía para esta tienda! Me daba terror encontrarme en el sitio del atentado. “¿Y si vuelve a ocurrir?”, ser víctima me aterra. Yo nunca seré víctima, me dije.

Recuerdo que lo vimos por la televisión: un loco que dispara en la tienda a un grupo de gente inocente. Fue terrible: demasiado individual, demasiado cerca de nosotros mismos, demasiado íntimo. *(Margarita la mira sospechosa)* ¿Y por qué lo hizo?

VALERIA: ¿Qué?

MARGARITA: El pistolero. ¿Por qué le disparó a la gente inocente?

VALERIA: *(Saliendo)* Yo le llevo el carrito...

(Va a irse, pero como si esperara que la detuviera. Margarita toma un libro)

MARGARITA: ¿Están ordenados por autor o título?

VALERIA: Están ordenados de forma extraña.

MARGARITA: ¿Cómo así?

VALERIA: Es que me ocupo personalmente.

MARGARITA: *(Tomando un libro)* Y por eso son extraños.

VALERIA: Esto no es más que una tienda, así que algo de misterio debe tener.

MARGARITA: ¿Qué dice? Si supiera lo impenetrables que son estas tiendas. Para mí ya es un misterio que la comida llegue hasta aquí, lista y empaquetada, con más información en la etiqueta que en mi carta de despido.

(Devuelve el libro y toma otro)

Después de todo, un bistec es solo un trozo de carne, pero igual tiene más datos que yo, que también soy algo así como un pedazo de carne por estos días de exempleada. Sobre mí no hay etiquetas ni datos confiables. Y viéndolo bien, ni siquiera una tarjeta de identificación con detalles precisos. Pero la etiqueta de la carne lo informa casi todo: calorías, proteínas, porcentaje de grasas, agua, vitamina B, zinc, yodo, selenio, fósforo, glúcidos, lípidos.

(Valeria lo revisa y la mira sorprendida)

Tengo una memoria fantástica.

(Margarita devuelve el libro y toma otro)

A lo mejor eso es lo único que me hace más que un trozo de carne en estas noches, casi media noche, de Agente Hipotecario del Banco Nacional despedida. Fíjese que utilizamos la misma palabra; “cesantías” laborales, como si se trataran de “despedidas” afectivas, como los adioses. *(Riendo)* Que, aunque yo no me despedí de nadie en el banco, a mí sí que me despidieron, sin fanfarria, ni ritual, ni siquiera etiqueta.

(Devuelve el libro y toma otro)

Tal vez por eso la carne es más interesante, tiene más advertencias, llama más la atención y en definitiva es más necesaria que yo. Digo, que es preciso saber más sobre ella que sobre mí, una víctima Bancaria, que para eso estamos las sacrificadas; para ser empaquetadas y comidas con una etiqueta que diga: Margarita Weeks, producto procesado, hecho en este país, víctima en perfecto estado para ser consumida antes de la fecha de expiración, que por lo demás es su cumpleaños, mira qué causalidad, que es hoy mismo, y que si no se come rápido pues ni para la gata sirve, que esa bicha tiene gusto de princesa, aunque esté muerta. *(Devuelve el libro y toma otro)* No están por orden ortográfico ¿verdad?

VALERIA: Los coloco por fecha de llegada, esos de allá abajo son los más viejos.

MARGARITA: ¿Vienen del mismo lugar?

VALERIA: ¿Por qué lo dice?

MARGARITA: Tuvieron un mismo dueño. *(Muestra el libro)* Dice “*Propiedad de Alfonso Ramírez*”

VALERIA: Los compramos por montón.

MARGARITA: ¿A Alfonso Ramírez?

VALERIA: Esos de ahí, sí.

MARGARITA: Son muchos. ¿Qué pasó? ¿El señor Ramírez se mudó?

VALERIA: Fueron comprados a una sucesión.

MARGARITA: Sucesión de...

VALERIA: Herederos.

MARGARITA: De Alfonso Ramírez. El señor Ramírez está muerto.

VALERIA: No lo decimos mucho porque entonces la gente no los compra.

MARGARITA: *(Imitando a la gente)* “Quién va a querer libros de muerto.”

VALERIA: El señor Ramírez era mayor. Vivía cerca y compraba aquí. Se pasó toda la vida leyendo y por eso tenía tantos.

MARGARITA: Pero ¿Son buenos estos libros de Alfonso Ramírez?

VALERIA: Son buenos; pero lo que más me gusta de los libros de Alfonso Ramírez es que los subrayaba mientras leía.

MARGARITA: ¿Y eso está bien?

VALERIA: Les da cierto misterio, como si los libros hablaran con uno, como si tuvieran una segunda voz, otro autor, uno que no es predecible. Fíjese...

(Se acerca al estante de libros. Cierra los ojos. Le da vuelta al estante. Lo detiene. Saca un libro. Lo abre. Busca una cita) “Todo se siente como idea, aún en la mayor imprecisión” Dostoievski

(Busca otro libro, lee) “Leer, leer, leer; vivir la vida que otros vivieron. Leer, leer, leer; ¿Seré lectura mañana también yo? ¿Seré mi creador, mi criatura? ¿Seré lo que pasó?”

MARGARITA: Eso. ¿Seré? Muy lindo. ¿De quién es?

VALERIA: Unamuno. *(Busca otro libro, lee)* “La noche, otra vez la noche, la magistral sapiencia de lo oscuro”

MARGARITA: ¡Qué bello!

VALERIA: *(Voltea el libro)* Alejandra Pizarnik

MARGARITA: “La magistral sapiencia de lo oscuro”. Como hoy, que ya es de noche.

VALERIA: O todas las noches.

MARGARITA: Qué rápido se hace oscuro cuando no estamos viendo. ¿Puedo?

(Valeria asiente. Margarita hace lo mismo: cierra los ojos y le da vuelta al estante. Lo detiene. Saca un libro. Lo abre. Busca una cita)

MARGARITA: “Comenzaron a darme cosas y luego me las quitaron” (*Se sorprende con lo rotundo de la primera línea. Lee ahora con pasión*) “Los regalos eran muchos como muchas las advertencias que con ellos venían. Te daremos un corazón grande, pero si bebes vino, comenzarás a odiar al mundo. La Luna es tu hermana, pero si tomas pastillas para dormir, te encontrarás siempre en compañía de cariños infelices. Cada vez que tomes un amor, perderás una parte de tu memoria”.

(*Ella de pronto la ve, incrédula*)

Parece escrito para mí. Hoy y para mí. ¿Y quién es este señor?

(*Valeria toma el libro*)

VALERIA: Leonard Cohen, cantante y poeta.

(*Vuelve a hacer la vuelta con los libros, pero un poco más desesperada. Toma uno, lo abre, lee*)

MARGARITA: “Allí estaba todo: Las flores que se abren y las puertas que se cierran. Los días de llanto y los días de oro, los senderos y los sueños, los ramajes y las palomas; también un niño mirando dos amantes y también la hora del nacimiento y la muerte de cada hombre. Y para lograr ese retrato, no tuvo más que pintar una silla.”

VALERIA: (*Voltea el libro*) Héctor Rojas Erazo. Y fíjese; estas son las cosas que me gustan de los libros de Alfonso Ramírez, siempre tienen alguna nota escrita a mano. (*Lee*) “Debemos ser felices; aunque solo sea por orgullo” ¿Sería escrito por el mismo señor Ramírez?

MARGARITA: (*Lo revisa*) Quizás.

VALERIA: ¿O se trata de una cita de otro libro que también está aquí en el estante, esperando que lo leamos?

MARGARITA: Lo dice con nostalgia. Le gustan mucho los libros ¿no?

VALERIA: Tengo una relación difícil con ellos.

MARGARITA: ¿Difícil cómo?

VALERIA: Cuando era joven andaba todo el día con una copia moderna de poemas de César Vallejo. El peruano. Poeta. Por alguna razón sentía que ese libro me protegía, que me hacía distinta, que me volvía más bella, más alta, más lista, más valiente. Sobre todo, eso: más valiente, porque cuando era joven siempre fui una cobarde. Por ese entonces, mis libros llevaban mi firma en la contraportada, pero con este de Vallejo era especial: le puse mi nombre en la portada, con fecha de nacimiento y dedicatoria a mí misma, como si Vallejo me lo hubiera dedicado o como si yo hubiera sido la verdadera autora del libro.

MARGARITA: Como si hubiera sido la amante de Vallejo.

VALERIA: Su musa, su querida, su pasión.

MARGARITA: O tú la autora y él tu admirador

VALERIA; Que me roba las ideas

MARGARITA: Porque es él es él y tú eres tú. ¿Y lo leía todos los días?

VALERIA: No lo leía, me lo sabía de memoria:

“Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente. Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa. ¿Qué sería su causa?” Y luego... “Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin, de otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.”

MARGARITA: *(Lo repite como si lo hubiera oído antes)* “Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.”

VALERIA: Ese libro lo perdí. Con la vida, ya sabe, cuando se pierden cosas que nunca se debieron perder, nos pasamos el tiempo buscándolas. Quizás porque pensamos que si las encontramos, volveremos a ser jóvenes, a sentirnos eternos, no moriremos nunca. Las confundes con otras cosas, pero realmente esa es la única que te hace falta. Si lo que yo quería era un vestido nuevo, un hombre nuevo, pedir el préstamo en el Banco y comprar una casa, lo que realmente deseaba era recuperar mi viejo libro de César Vallejo. Porque era como si, con el libro, pudiera volver a tener la edad que yo tenía entonces, unos 15 años.

Y así fue como hace unos meses, colocando aquí los libros del señor Alfonso Ramírez, en este mismo estante, de pronto lo encontré.

La misma edición, con los mismos rasgos, aunque muy subrayado y un poco más deteriorado que el que yo tenía.

Y cuando lo vi bien, encontré en la portada mi falsa dedicatoria. ¡Se trataba del mismo ejemplar que yo había abandonado hacía 25 años atrás!

MARGARITA: ¡Increíble! ¡El mismo!

VALERIA: Lo volví a comprar, claro.

MARGARITA: ¡Vaya coincidencia!

VALERIA: He contado esa historia cientos de veces y muy pocos me la creen.

MARGARITA: ¡Qué más quisiera yo que tener de mi lado una historia tan impenetrable como esa! *(Ella toma otro libro. Pero lo hace con los ojos abiertos. Lee en voz alta)* “Si no me llamara César Vallejo, también sufriría ese mismo dolor. Si no fuese hombre, ni ser vivo, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Me duele ahora sin explicaciones; mi

dolor es tan hondo que no tuvo ya causa ni carece de causa” (*Ambas se miran*) Poemas humanos. Vallejo.

(*Cuando Valeria toca el libro, suena el teléfono de Margarita*)

MARGARITA: Dime.

(*Oye*) Estoy en el Banco.

(*Oye*) Yo nunca digo mentiras.

(*Oye*) No es necesario que vengas para acá. Ya estoy casi lista para irme a casa.

(*Oye*) ¡Te dije que no vengas!

(*Oye*) ¡Sí, quiero estar sola!

(*Oye*) ¡No, no es tu culpa, ya te lo dije!

(*Oye*) No, no estoy en peligro.

(*Oye*) ¿Cómo suena mi voz de peligro? ¿No te suena con dolor? ¿No te suena mi voz con el dolor de la que ha esperado por algo que no llega y que ni siquiera sabe qué es lo que debe llegar?

¿Te suena el dolor? Pues es bueno que te suene.

Porque una debe ser feliz, aunque sea por orgullo, sabes.

(*Oye*) Aquí está todo: Las flores que se abren y las puertas que se cierran.

(*Oye*) Mi dolor es tan hondo que no tuvo ya causa ni carece de causa. Hoy sufro desde más abajo. Me duele ahora sin explicaciones. Cada vez que tomo un amor, pierdo una parte de mi memoria (*Pausa*) ¡Hablo como quiero!

(*Oye*) ¡Si vas a gritar te cuelgo!

(*Oye*) Todo está aquí, todo lo necesario. Todo resumido en una silla.

(*Oye*) ¡Vete a la mierda!

(*Cuelga el teléfono. Está nerviosa. Se coloca la mano en la cabeza. Se toca el pelo y se frota los dedos, como si los tuviera mojados. Se oyen los murmullos. Las voces se mezclan, y no entendemos lo que dicen. Cesan. Margarita está aterrada*)

MARGARITA: ¿Oíste eso?

(*Valeria lo ha oído, pero trata de mantener la calma. Oímos ahora la voz por los parlantes de la tienda*)

VOZ (EN OFF) ...234 por Caja...234 favor ir a Caja...

MARGARITA: ¿Ir a caja? ¿Pero no nos habíamos quedado encerrados aquí? ¿Hay alguien más?

VALERIA: (*La ve preocupada. De pronto, saca su radio*) Un momento (*A la radio*) Mónica. Soy Valeria.

(*Valeria ve hacia otro sitio en la tienda. Oye*) Sí, ya voy para la caja, pero antes te quería pedir un favor...

¿Me puedes ver desde ahí? (*Oye*) Estoy en la sección de los libros. Te estoy haciendo una seña con mi brazo. ¿Me ves? (*Oye*) Sí, yo también te veo a ti. (*Oye*) Ya voy para allá. Pero

primero quiero pedirte un favor. ¿Ves bien dónde estoy? ¿Toda el área? *(Oye)* Muy bien. Ahora dime; ¿Ves a la mujer que está aquí conmigo? La del vestido.... *(Oye)* ¿La ves bien?

(De pronto ve a Margarita, seria, Oye)

¿Estás segura? *(Oye)* No, no pasa nada. Ya voy para allá y cerramos. *(Cuelga el teléfono. Se pone la mano en la cabeza)* Margarita, es la hora de cerrar. Pero...antes quiero decirte algo. Algo que quizás es importante.

MARGARITA: ¿Si?

VALERIA: Que ya sé que tú eres una alucinación.

(Pausa)

MARGARITA: ¿Qué dices? ¿Yo una alucinación?

VALERIA: Sí. Estoy alucinando. Y no sé por qué.

Música. La pantalla muestra una estantería de libros que se cae. En cámara lenta, miles de libros por los aires.

Oímos gritos.

MINUTO 3: *Poema de Guerra*

(Música.

Doce luces blancas centellantes frente al público.

De nuevo oímos los susurros, que se repiten con urgencia, pero se mezclan y no entendemos lo que dicen. En escena el carro de la compra y la estantería de libros. Al instante, entran Valeria y Margarita, cada una por un lado distinto. Valeria empuja una silla ejecutiva de escritorio y Margarita un estante de jardinería con bandejas. Sobre ambas, varios productos de la tienda.)

VALERIA: ¡Esto está en oferta en la sección de oficina!

MARGARITA: ¡Y esto lo encontré en jardinería!

VALERIA: Y mira: *(saca una silla plegable de playa)* Todo resumido en una silla. ¡Con parada en la sección de vacaciones!

MARGARITA: Eso sí que me hace falta a mí: ¡vacaciones!

VALERIA: Comiéndalas aquí.

MARGARITA: Vamos haciendo el sitio. ¿Tenemos parasoles? Mira esto: encontré estas flores, las colocamos a nuestro alrededor y así nos acompañan y acorralan en esta noche de encerrados en la tienda por departamentos más importante de la ciudad.

VALERIA: La verdad es que tenemos todos los productos necesarios para pasar una noche de escándalo.

MARGARITA: No lo repitas, que caminé por los electrodomésticos y vi una televisión con Internet, que si no fuera tan grande.

VALERIA: ¡Televisores no! ¡Se trata del enemigo, Margarita!

MARGARITA: Un enemigo que está aullando por venirse para acá.

VALERIA: ¡No la dejaremos! Además, no hay señal.

MARGARITA: Siempre se cuelan. Entiende, Valeria, que los electrodomésticos son electrodomésticos: dominan el mundo, vienen del espacio extraterrestre y saben cómo meterse, aunque sea a golpes, en nuestras vidas.

VALERIA: ¿A golpes? Con echarles agua tenemos. Se ponen mansitas.

MARGARITA: ¿Y si él se aparece por aquí?

VALERIA: No podrá entrar.

MARGARITA: Pero si aparece.

VALERIA: Lo combatiremos.

MARGARITA: ¿Con productos de la tienda?

(Valeria coloca la silla de playa contra el público. Saca otros objetos y también prepara a Margarita. Le coloca una olla en la cabeza y le da un removedor de sopa. Ella también se asienta sobre la cabeza una olla, casi sartén)

VALERIA: ¡No podrá entrar a nuestro territorio!

MARGARITA: ¡No pasarán!

(Producto que nombran, producto que tienen en la mano)

VALERIA: ¡Le lanzaremos cloro!

MARGARITA: ¡Le arrojaremos porta retratos con fotos de parejas felices!

VALERIA: ¡Le tiraremos lechugas caducas con su batallón de gusanos respectivos!

MARGARITA: ¡Gusano contra gusano!

VALERIA: ¡Lechuga contra lechuga!

MARGARITA: ¡Le dispararemos películas!

VALERIA: ¡Como si fueran estrellas cortantes!

MARGARITA: ¡Le lanzaremos pasta de dientes!

VALERIA: ¡Y enjuague bucal para que le arda el alma!

MARGARITA: ¡Y dos por uno!

VALERIA: ¡Desde nuestra trinchera cotidiana, somos invencibles!

MARGARITA: ¡O imbéciles!

VALERIA: Que además por estos sitios suele ser lo mismo.

MARGARITA: O más bien igual.

VALERIA: ¡Y si no le vencemos!

MARGARITA: ¡Si estamos en retirada!

VALERIA: ¡Si nos gana la bestia!

MARGARITA: ¡Si el monstruo es más fuerte!

VALERIA: ¡Si la barbarie vuelve a triunfar!

MARGARITA: ¡Si su decadencia nos seduce!

VALERIA: ¡Entonces, utilizaremos nuestra arma letal!

MARGARITA: ¡Le dispararemos Poemas!

VALERIA: Y los más letales: ¡Poemas humanos!

(Entonces, Valeria y margarita sacan cada uno un libro y lo apuntan)

VALERIA: *(De memoria)* “¡Y si después de tantas palabras, no sobrevive la palabra!”

MARGARITA: *(De memoria)* “¡Si después de las alas de los pájaros, no sobrevive el pájaro parado!”

VALERIA: “¡Más valdría, en verdad, que se lo coman todo y acabemos!”

MARGARITA: “¡Haber nacido para vivir de nuestra muerte! ¡Levantarse del cielo hacia la tierra!”

VALERIA: “¡Por sus propios desastres y espiar el momento de apagar con su sombra su tiniebla!”

AMBAS: “¡Más valdría, francamente, que se lo coman todo y qué más da...!”

MARGARITA: ¡Disparen César Vallejo a discreción!

(Las dos lanzan el libro como si se tratara de misiles. Valeria hace un ruido infantil de explosión)

VALERIA: Listo. Creo que no ha quedado nada de él.

MARGARITA: Pulverizado, destruido, demolido y devastado.

VALERIA: Y contra todo pronóstico y ante un poder mayor que el nuestro...

MARGARITA: Hay que decir...

VALERIA: ¡Que finalmente hemos ganado!

(Se felicitan. Ríen)

MARGARITA: ¿Habrá un buen poema para la separación?

VALERIA: ¿Se separan? ¿Por eso te busca desesperadamente?

MARGARITA: Es de mutuo acuerdo.

VALERIA: No parece de mutuo acuerdo, cariño.

MARGARITA: Créeme. Lo hemos hablado y, como gente civilizada, ambos decidimos dejarlo hasta aquí y continuar como amigos.

VALERIA: ¿Cómo amigos? Nunca es como amigos, Margarita Weeks de la Semana.

MARGARITA: Te lo juro, Valeria Vegas de la Vega.

VALERIA: Vamos a ver, si yo fuera tu vecina: ¿Qué es lo que más oiría desde tu casa? ¿Gemidos o gritos? ¿Gritos y gemidos? ¿O nada?

MARGARITA: Si fueras nuestra vecina dirías que de nuestra casa apenas se oyen discusiones. Y muy, pero muy pocas palizas, que se desarrollan además sobre los aspectos más banales y sin trascendencia: descuidos, la gata, las llamadas por teléfono, dinero, que nunca hay para lo que cada uno quiere, y ya. Lo mismo que en todos los matrimonios.

VALERIA: *(Señalándole)* ¿Y podría oír algo sobre una magulladura en el brazo, un golpe en la cara, un moretón en las piernas?

MARGARITA: Si de eso se trata, vecina, podrías decir que viste también cuando la policía fue a investigar una denuncia.

VALERIA: No, no lo diría. Porque si fuera tu vecina, habría intervenido.

MARGARITA: No, no habrías hecho nada. Serías una vecina doméstica y te habrías quedado tranquila pensando; qué triste y qué mal viven los demás, esos que son víctimas. Y hasta dirías, sin decirlo, que me lo merezco, porque después de todo; ¿Quién me manda a estar con él? (*Valeria va a decir algo, pero Margarita la detiene*) Pero eso llega a su fin, mi querida Valeria. No hay que preocuparse más. Porque ahora yo voy definitiva, con todas mis ganas, hacia mi primer divorcio. ¿Suena bien? Primer divorcio: abre cierta esperanza. ¿No crees?

VALERIA: ¿Primer divorcio? Pero si apenas estás comenzando.

MARGARITA: ¿Ah sí?

VALERIA: ¡Con todos los que te faltan!

MARGARITA: ¿Y cuántos divorcios debe tener una?

VALERIA: Un número decente, Margarita. Que valga la pena decir. Si no, es mejor quedarse callada.

MARGARITA: A ver.. ¿Y cuántos tienes tú?

VALERIA: Tres, y voy corta.

MARGARITA: ¡Tres! Ya esto parece una conferencia nacional de víctimas. ¿Y cómo es que te has divorciado tres veces, Valeria Vegas?

VALERIA: Es que comencé a vivir muy temprano.

MARGARITA: No es excusa.

VALERIA: No lo es.

(Música tensa. A medida que avanza su texto, Valeria, inesperadamente, se va elevando del suelo. Son unos centímetros apenas perceptibles, pero Margarita lo nota, con sorpresa contenida, como si entendiera de alguna forma la situación. Por su parte, Margarita queda físicamente paralizada y sus textos no tienen urgencia, pero sí cierto asombro)

VALERIA: Mamá murió joven, cuando yo tenía nueve años. Mis dos hermanos, mi hermana menor y yo nos criamos con papá. A los catorce ya yo les preparaba el desayuno a todos antes de ir al colegio, despertaba a papá, le hacía el café, revisaba que sus papeles de trabajo estuvieran en orden en su maletín, lo peinaba, le daba mi opinión sobre su corbata y le deseaba un buen día.

MARGARITA: Algo sucede; apenas me puedo mover...

VALERIA: En la tarde buscaba a mis hermanos en el colegio, les revisaba las tareas y les

preparaba la comida. ¿Qué te pasa Carolinita? ¿Qué tienes Davisito? ¿Cómo te sientes Gregorito? Y ellos me trataban como si yo fuera su madre; es decir, me mentían. En la noche les preparaba la cena y luego acostaba a los niños. Y todo eso cuando yo apenas tenía catorce años.

MARGARITA: Tengo que hacer un gran esfuerzo para mover mi brazo, como si me pesara más que mi cuerpo, como si fuera de hule grueso.

VALERIA: A los dieciocho me casé con el primer novio que tuve, pero en vez de salir de mi casa, el novio, mi padre, mis dos hermanos y mi hermana menor, vivíamos todos en el mismo sitio. A los diecinueve años era la madre de mi esposo y de mi padre; padre y madre de mis tres hermanos y, además, estudiaba administración.

MARGARITA: Tampoco puedo caminar, se me hace lento, como si estuviera en el fondo del océano, como si un paso tardara cinco minutos. ¿Por qué me cuesta tanto moverme?

VALERIA: A los veinte murió mi padre, me divorcié de mi primer esposo, y tuve que hacerme cargo de todas las deudas y obligaciones. A los veinte me embarazó un compañero de estudios, más joven que yo, y me volví a casar. Otra vez, mi nuevo esposo se fue a vivir a nuestra casa, pero a los tres meses perdí el bebé; el doctor me dijo que yo era muy joven y que no debía preocuparme. Aun así, ya estaba casada. Encontré un trabajo de secretaria y comencé a ganar dinero, pero dejé mis estudios de Administración.

MARGARITA: (*Mueve un brazo*) ¿Ves? Ese movimiento lo comencé hace cinco minutos.

VALERIA: A los veinte y dos tenía en casa a mi hermana, mis dos hermanos, mi segundo esposo y ya me habían despedido de mi primer empleo. Y ese mismo año, me volví a divorciar, más bien me abandonaron. Él se fue con una mucho más joven que yo, se lo llevaron todo y hasta las gracias le di.

MARGARITA: Valeria; ojalá que no me toque correr, porque creo que estoy paralizada.

VALERIA: Un vecino que trabajaba aquí me consiguió este trabajo en la tienda. Y como agradecimiento, me casé con él. Comencé como cajera, y rápidamente me hicieron supervisora. Pero a los dos años tuve que despedir al que era mi esposo, por mala conducta y agresión, y darle así la bienvenida a mi tercer divorcio. (*Valeria aterriza*) Depresión a los 22; melancolía a los 23; crisis de la mediana edad a los 24; problemas con el colon, senos, colesterol, deudas, testamento, canas a los 25; menopausia y mala circulación en las piernas a los 26. Es que cuando alguien como yo anda por ahí, los demás dejan de ser inútiles para volverse cómodos. Mis mejores momentos los ocupa la rutina: es decir, el abandono. Levantarme en la mañana y pensar únicamente en las responsabilidades; venir aquí, hacer el trabajo, ver el reloj, esperar a cerrar y luego, el vacío. (*Margarita se mueve como si regresara de la congelación*) No te preocupes, no tienes que conmoverte. No cuento esta historia para que me tengan piedad. De hecho, creo que no la había contado nunca, así, tan completa.

MARGARITA: No te preocupes. Solo quería decirte algo...

VALERIA: ¿Qué?

MARGARITA: Que mientras hablabas, estabas levitando.

VALERIA: ¿Levitando?

MARGARITA: Como volando.

VALERIA: Siempre sucede cuando me pongo a recordar.

(Valeria saca su teléfono. Llama. Suena el teléfono móvil de margarita. Al principio no le hace caso, pero luego responde furiosa. Valeria se sorprende y revisa si se trata de su llamada. Margarita cuelga)

VALERIA: ¿Aló? ¿Aló?

(Pausa. Valeria la mira, como si fuera a decir una frase crucial. En ese instante vuelve a sonar el teléfono. Margarita va a contestar, pero decide no hacerlo)

MARGARITA: Me está buscando. Lo puedo ver, me busca descorazonado porque no sabe que estoy aquí. *(La imita)* “¿Qué se hizo la Margarita esta noche? ¿En qué bar estará? ¿Con quién?” No me llama de casa, sino desde su carro, dándole vueltas a la ciudad, esperando encontrarme en la calle, abrazada con otro hombre, o dos hombres; me imagina puta o así es que me desea, quizás porque conmigo él siempre se ha comportado como un chulo. Va por las calles y seguro que me confunde con las otras; las ve con el pelo distinto al mío, la cara diferente, con otra piel, otro cuerpo, totalmente opuestas a lo que soy yo, y sin embargo les grita...

VALERIA: ¡Margarita!

MARGARITA: Eso. Me llama. Me llama en llamas. Y ellas, esas que no son yo, le responden...

(Va hacia el estante de libros. Toma uno al azar)

“Al fin la batalla

y muerto el combatiente

vino hacia él un hombre

Y le dijo: “no mueras, te amo tanto”

Pero el cadáver, ¡ay! Siguió muriendo”

Vallejo. Busquemos otro.

(Toma otro libro al azar)

“Si no dormimos es para acechar la aurora

Ella demostrará que seguimos viviendo”

Robert Desnos.

(Toma otro libro al azar)

“Cuando amas debes partir...
Tomo mi baño y miro
Veo la boca que conozco
La mano La pierna El ojo
El mundo entero sigue estando allí
La vida llena de cosas sorprendentes
Salgo de la farmacia
Y precisamente bajo la balanza
Peso mis buenos 80 kilos
Te amo”
Blaise Cendrars.

VALERIA: *(Trayéndole la balanza)* Sí, pero vamos a certificar eso de los 70 kilos, que hay muchas dudas al respecto.

MARGARITA: ¡Una balanza! ¡No! ¡Me rindo! ¡Por favor! ¡No dispare!

VALERIA: ¿Tan mal estamos?

MARGARITA: Probablemente, peor.

VALERIA: Muy bien: *(La amenaza con la balanza)* ¡Habla! ¡Confiesa todos tus pecados que has cometido hasta hoy!

MARGARITA: ¡Sí! ¡Lo que digas! ¡Pero balanza no! ¡Balanza no!

VALERIA: Muy bien, comienza prisionera: dime algo que no me hayas dicho todavía.

(De pronto, Margarita la mira seria. Valeria entiende que el juego ha terminado)

MARGARITA: No debería decirte lo que te voy a decir. Por lo menos no así, no de esta manera, no en esta circunstancia.

VALERIA: ¿Qué es?

MARGARITA: Se trata del Banco.

VALERIA: ¿Qué pasa con el Banco?

MARGARITA: El banco te va a quitar hasta el alma.

VALERIA: ¿Qué dices?

MARGARITA: Lo que firmaste ayer, el préstamo. Ellos saben que no podrás pagar esa casa.

VALERIA: Pero... Tú dijiste que sí, que habías hecho el análisis de mis ingresos, mi salario en el supermercado. Hablaste de lo importante que yo era para el Banco...

MARGARITA: Valeria, escúchame bien. *(A medida que dice su texto, pequeñas piedras y pedacitos de barro caen de su cuerpo. No es mucho, pero lo podemos notar)* Sucede que soy fea. Y si te dije esas cosas que te dije fue porque ese era mi trabajo. Mi trabajo ha sido, por todos estos años, ser fea. *(La ve directo a los ojos)* Dar préstamos a quienes no pueden pagarlos y luego quitarles la casa, el dinero y las fantasías. Y aunque he sido todo lo fea que me han permitido ser; aunque he engañado a todos los que he podido y aunque he arruinado las vidas de todos los que han ido a mi oficina solicitando un préstamo, a pesar de eso, me despidieron esta mañana. ¿Ves? Margarita ya no es una princesa tan bonita como yo. *(Cesa el barro. Margarita ahora lo nota)* Puede que tú quieras ser noble, pero lo que yo deseo es bajar lo más pronto posible al infierno. "Seré mi creador, mi criatura, seré lo que pasó" *(se da cuenta de lo que le sucede)* ¿Qué es esto? ¿Barro?

(Oímos por el sonido interno una voz femenina monocorde)

VOZ: *(En off)* ...234 por caja. 234 por caja.

MARGARITA: ¿La tienda está abierta?

(De nuevo oímos los susurros, que se repiten con urgencia. No entendemos lo que dicen)

MARGARITA: Mejor me voy ya. Mi hija me debe estar esperando.

VALERIA: ¿Cuántos hijos tiene?

MARGARITA: Dos hijos preciosos. Niña de 5 y varón de 8. Un marido sentimental y una gata con hambre.

VALERIA: Que ya no está con ustedes.

MARGARITA: Claro que sí, seguramente estará durmiendo a mi lado. Se me pone en los pies. *(Viéndose las piernas)* Ahora mismo puedo sentir a mi gata. ¿La sientes tú?

VALERIA: No, yo no puedo...

MARGARITA: Claro que no. *(De pronto, la mira)* No puedes porque la que estoy durmiendo soy yo. *(Ríe)* Y esto es un sueño, por supuesto. ¿Verdad? ¡Eso lo explica todo!

(Oímos que suena un reloj despertador. Queda la música alto.)

MINUTO 4: *Lluvia bajo techo*

*(Oímos “Spiegel um spiegel” de Arvo Pärt.
Las luces comienzan a hacerse más presentes.
Oímos sirenas a lo lejos y murmullo de gente, muy tenue. Margarita sola en escena,
tiembla de frío.
Lleva un paraguas en la mano.)*

MARGARITA: ¿Quién habla? ¿Quién está ahí? ¿Hay alguien en la tienda? ¡Holaaaa!
(Cesan los murmullos)
¿Cómo es que de pronto hace tanto frío? ¿Dejan encendido el aire acondicionado en la tienda? ¿A máxima capacidad? ¿Hay que matar de frío a los productos en la noche? ¿Es necesario inyectarles catarro a todo aquello que no se vende en el día?
Anda, Valeria, habla. Confiesa. Di la verdad.
¿Valeria? ¿Valeria?
(Ve su paraguas. Le extraña)
¿Y este paraguas? ¿Es mío? ¿De dónde lo saqué? Tampoco es que sea muy útil dentro de una tienda. ¿Para qué puede servir un paraguas bajo techo?
(Pasa la mano por el estante de libros)
Aunque esto está húmedo. *(Saca un libro. Lee)*
“La vida y los sueños son hijos de un mismo libro.”
Ah, pues muy a propósito.
(Sigue leyendo)
“Leerlas en orden es vivir, hojearlas es soñar”
¿Y morir? ¿De quién es hija la muerte? ¿Qué libro me habla de ella? ¿Cómo las leo? A ver...
(Busca más libros. De pronto, cae nieve dentro de la tienda) ¿Esto? ¿Nieve? ¿En verano?
(La prueba)
AH, claro. Sabe a mango. Así, sí. *(Entonces abre el paraguas. La nieve pasa a lluvia. Margarita lee)* “Un ser vivo es un rincón del universo empeñado en diferenciarse: estar muerto es seguir los azares del entorno. Estar vivo es resistir a que te devoren las simetrías.”
No lo firma nadie. ¿Sería del mismo Alfonso Ramírez?
(Detrás aparece un tendedero de ropa. Alguien que no podemos ver coloca sábanas. Ella lee otra vez) “Quiero decir que hay miedo y fotos y tipos a los que es imposible encontrar...Hubo una vez una palabra *(Margarita tose)* , una palabra para designar todo esto. Pero ahora solo te puedo decir: no temas.” Roberto Bolaño

(Desaparece la imagen del tendedero de ropa. Cesan el viento y los murmullos. Entra Valeria con otro carrito de la tienda)

VALERIA: Aquí tengo más cosas para pasar la noche.

MARGARITA: Valeria, ¿Cuántas noches llevamos aquí?

VALERIA: ¿Cómo que cuántas? Ni siquiera una. ¡Apenas han cerrado la tienda!

MARGARITA: Me parece que han pasado cinco noches.

VALERIA: Ni cinco minutos desde que cerraron la puerta, Margarita. *(Le muestra)* Mira lo que he conseguido: revistas del corazón para pasar una noche entretenida.

MARGARITA: Con la falta que me hace que alguien con autoridad me hable del corazón

VALERIA: También hay un artículo médico sobre el miocardio, si te sirve.

MARGARITA: ¿Qué más tienes ahí?

VALERIA: Traje cereal, que está listo para comer. Un bate de béisbol para la defensa personal y Spray nasal, no sé para qué nos puede servir.

MARGARITA: Yo tengo la nariz tapada.

VALERIA: Entonces, listo.

MARGARITA: Y frío.

VALERIA: Esto te lo traje para el frío. *(Le entrega la balanza)* Para que controlemos el peso. Y galletas.

MARGARITA: *(Hacia su carro de tienda)* Nada de galletas que yo tengo hambre de verdad.

VALERIA: Pero son galletas Godiva, Margarita. De las mejores. Son carísimas y quedaban muy pocas. *(Muestra una etiqueta)* Mira, dice; “Existencias Limitadas”

MARGARITA: ¿No se referirán a nosotros?

VALERIA: ¿Las galletas?

MARGARITA: A las Existencias Limitadas. *(De su carro saca la lasaña)* Me dan ganas de esto más que de una existencia limitada, que por lo demás, a esta hora y en este sitio, me parece una redundancia.

VALERIA: Yo no comería esa lasaña.

MARGARITA: Podemos hacerla en un microondas que vi en Electrodomésticos.

VALERIA: ¿Es que acaso no recuerdas el caso de la droga en la lasaña?

MARGARITA: No, la verdad.

VALERIA: Encontraron droga.

MARGARITA: ¿Qué droga?

VALERIA: LSD o coca, no sé.

MARGARITA: ¿Apagaste la tele antes de enterarte?

VALERIA: Fue en una lasaña de esa misma marca.

MARGARITA: ¿Y dices que la lasaña tenía droga?

VALERIA: Mucha.

MARGARITA: Entonces quizás me coma dos.

VALERIA: *(Se ríe)* Pues si están baratas...

MARGARITA: Ahora que lo dices, deberían subirle el precio.

VALERIA: Sobre todo si es pura.

MARGARITA: Lasaña 100 %. Mejor llevo tres.

VALERIA: Dame una; quizás me venga bien.

MARGARITA: Déjame leer: esta viene con Hashis.

VALERIA: Me gusta menos étnica.

MARGARITA: Lo entiendo perfectamente. Nada como una lasaña que sabe a folclor.

VALERIA: ¡Con lo que detesto a las Lasañas que tocan la Quena a la salida del metro!

MARGARITA: El cóndor pasa sobre la Lasaña.

VALERIA: O la Lasaña mariachi.

MARGARITA: O las Lasañas del Tango.

AMBAS: ¡Insoportables!

MARGARITA: (*Viendo la lasaña*) Pero no te preocupes, aquí dice que está hecha con goma.

VALERIA: Entonces viene con descuento.

MARGARITA: ¿Puedo cambiarla más bien por una con Lezonatil o Valium?

VALERIA: Lasaña para dormir.

MARGARITA: Lasaña somnífero.

VALERIA: Aunque los libros sirven también para dormir.

MARGARITA: Si te dan un golpe en la cabeza con un libro bien grueso, sí, claro que te duermes nueve horas seguidas.

VALERIA: Quizás te levantas con un ligero dolor de cabeza.

MARGARITA: Pero sueñas con palabras.

VALERIA: (*Sacando una botella de medicina*) Mira lo que traje de Farmacia.

MARGARITA: ¿Medicina para la melancolía?

VALERIA: Para la garganta.

MARGARITA: Yo estoy bien.

VALERIA: Tiene etanol.

MARGARITA: Entonces me duele todo.

(*Beben medicina. Brindan*)

VALERIA: Ahora, háblame de la casa.

MARGARITA: ¿Para eso me quieres ebria?

VALERIA: ¿Quién se queda con ella ahora?

MARGARITA: El Banco, claro.

VALERIA: ¿Alguna vez perteneció a alguien?

MARGARITA: Antes de tu solicitud de hipoteca, tenía otra y otra y otra.

VALERIA: ¿Quién tuvo la última?

MARGARITA: Antes vivía un matrimonio con tres niños, dos niñas y un varón. El esposo tenía una empresa artesanal de helados, pero nada importante. La mujer era maestra de la escuela pública. Ingresos modestos, con tres niños en la escuela y además la niña mayor en clases de piano.

Habían encontrado la casa de sus deseos, “de sus sueños” dijeron. Es que la gente habla mucho sobre lo que no sabe; “sueños”, nada menos. En fin, parece que, en cada uno de sus sueños, soñaban. Y en esos sub-sueños, soñaban que se les partían los sueños en pequeños pedazos de sueños, en millones de trozos de sueño, en sueñitos sueltos. Y en cada uno de esos millones de rajadas, rebanadas aisladas de quimeritas que formaban un gran sueño, había una sola cosa que los articulaba: esa casa. “En esta casa podríamos ser felices” me dijo. Y de pronto, agregó: “Y seré sincera con usted”. Cuando dijo que sería sincera conmigo, yo le gritaba, desde adentro; por favor, no sea sincera, no cometa esa falta, no se corte las venas conmigo, no me ceda el hacha, no me dé la cuerda para que se la coloque al cuello, no me pida que le dispare. “Estos son todos mis ahorros”, me dijo. “Esto es todo lo que tenemos en nuestra vida. Y queremos comprar esa casa”. La casa, claro, estaba fuera de su alcance.

A la semana, el Banco aprobó la hipoteca. Yo misma la firmé. ¿Pensabas que mi firma era muy poderosa? Eso creía yo por esos días: que era mi firma la que hacía que esa casa, la de los sueñitos partidos en pedazos, pueda llegar a las manos de la gente que la sueña, también partida en pedacitos.

VALERIA: Nunca vi al vendedor de helados, la maestra de escuela ni a los hijos.

MARGARITA: La verdad es que ellos no querían salir. Los amenazamos con la policía, les llamábamos por teléfono siete veces al día, dos empleados los acosaban con multas increíbles que debían pagar por cada día que pasaba. Entonces, un día antes de que fueras a ver la casa, el vendedor de helados se pegó un disparo en la sala.

VALERIA: ¡Por eso la alfombra nueva!

MARGARITA: Lo limpiamos todo, pero el piso de madera quedó descolorado. Y para que no vieras nada, y no tener que bajarle el precio a la casa...Yo...Yo... *(Nerviosa)* Sucede que soy fea. Y ni siquiera lo suficiente como el banco necesita que lo sea.

(Suena el teléfono de Margarita)

MARGARITA: *(Al teléfono)* ¿Todavía me estás buscando? ¡Entonces lo sabes!

VALERIA: ¿Sabe que estás aquí?

MARGARITA: *(Al teléfono)* Sabes que te abandono; que ya te había dejado hace mucho tiempo y en especial, sabes dónde estoy esta noche, que es realmente lo único que quieres saber sobre mí.

VALERIA: ¿Viene para acá?

MARGARITA: *(Al teléfono)* No vengas, que no te espero.

(Cuelga el teléfono)

MARGARITA: Ni se habrá enterado de cómo me llamo; quizás ni siquiera recuerde mi cara. Cada vez que tomas un amor pierdes parte de tu memoria.

VALERIA: ¿Cuándo se vieron por última vez?

MARGARITA: Esta mañana.

VALERIA: Seguro que ya te olvidó.

MARGARITA: Si se aparece por aquí y me ve directamente a los ojos, pensará que no estoy.

VALERIA: ¿Y otro amor?

MARGARITA: ¿Qué si tengo otro amor? *(Valeria asiente)* Bueno, estás tú.

VALERIA: ¿Yo? ¡Pero si apenas nos conocemos!

MARGARITA: Me refiero a que eres como el primer amor, claro. Un amor flash.

VALERIA: Y por eso estoy aquí.

MARGARITA: A mi lado.

VALERIA: Que no me vea tu marido.

MARGARITA: Tienes razón, porque a ti sí que te reconocería.

VALERIA: Por ser como el primer amor.

MARGARITA: El que nunca se olvida.

VALERIA: Que tampoco lo olvidan los maridos.

MARGARITA: Porque siempre está entre nosotros.

VALERIA: Perfecto.

MARGARITA: Joven.

VALERIA: Idolatrado.

MARGARITA: Torpe.

VALERIA: Como su olor.

(Margarita ve a Valeria con temor a no resistirle)

MARGARITA: ¡Cita! Necesitamos una cita que nos explique por qué el primer amor es tan sublime y tan estúpido.

(Ambas corren hacia la estantería. Cada uno saca un libro, lo hacen rápidamente, se trata de una competencia)

MARGARITA: *(Lee)* “El hombre corriente es un cobarde” Twain

VALERIA: Pero la mujer es una cobarde especial. *(Lee)* “Doy por descontado que, en literatura, un gato nunca es un gato” Bolaño.

MARGARITA: ¿Y una gata?

VALERIA: Menos. *(Toma un libro. Lee)* “Cuando él se acerca al abismo, cierra los ojos, porque sabe perfectamente que el abismo puede devolverle la mirada... Es un abismo que termina con sangre. Es decir, no termina nunca” Bolaño, otra vez.

MARGARITA: *(Toma un libro. Lee)* “El lenguaje es un virus llegado desde el espacio exterior para acabar con el mundo” Burroughs

VALERIA: *(Toma un libro. Lee)* “La verdad es la falta de datos en contra” Villoró

MARGARITA: *(Toma un libro. Lee)* “Una felicidad es toda la felicidad; dos felicidades no son ninguna felicidad” Ramuz.

VALERIA: *(Toma un libro. Lee)* “El principal inconveniente de ser fusilado es que hay que madrugar” Fuentes

MARGARITA: *(Toma un libro. Lee)* “Inteligencia; soledad en llamas”. Gorostiza.

VALERIA: *(Toma un libro. Lee)* “Buscamos colmillos que se ajusten a nuestras heridas” Tynan.

(Margarita se coloca la mano en la cabeza)

MARGARITA: Ésa es conmigo: “Buscamos colmillos que se ajusten a nuestras heridas...”

(Margarita, con mucha lentitud, toma un libro muy grueso. Lo abre hacia el final)

VALERIA: *(Tomando otro libro. Lee)* Y esta: “La poesía, esa energía secreta de la vida cotidiana que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor, y repite las imágenes en los espejos.” García Márquez.

MARGARITA: Valeria... *(con su libro en la mano. Pausa)* ¿Cómo llamamos a la realidad que imita a una metáfora?

VICTORIA: ¿Qué? ¿Una realidad que imita la metáfora? ¿Eso es posible?

MARGARITA: Sí. ¿Cómo la llamas?

(Valeria toma el libro que Margarita tiene en las manos. Lee la portada)

VALERIA: Murakami

MARGARITA: ¿Así se llama la realidad?

VALERIA: No, ese es el autor.

(Margarita espera otra respuesta, pero Valeria devuelve el libro al estante)

MARGARITA: *(Lo mira)* Valeria: ¿Por qué lo hizo?

VALERIA: ¿Quién? ¿Murakami?

MARGARITA: No. El hombre que disparó en la tienda. ¿Por qué disparó?

VALERIA: Creo que se había quedado sin palabras.

MARGARITA: Pero el rifle era una palabra.

VALERIA: Sí, pero grave.

MARGARITA: Como ángel.

VALERIA: Cáncer.

MARGARITA: Martes.

VALERIA: Suelo.

MARGARITA: Y Ramírez.

(De nuevo oímos los susurros, que se repiten con urgencia: “Pregúntale algo” “No dejes que se vaya” “No dejes que se vaya”. Las voces se mezclan de nuevo y ya no entendemos lo que dicen.)

De pronto, todo cesa. Oímos “Spiegel im Spiegel” -“Espejo en el Espejo” -de Arvo Pärt)

VOZ: *(En off)* “...234 a caja, por favor. 234 a caja”

MARGARITA: Ahora sí estoy segura de que esto no es un sueño. Ni una alucinación. Ni siquiera que estamos muertos. ¿Sabes qué creo? Que somos referencias literarias.

VALERIA: ¿Quién no lo es?

MARGARITA: Somos personajes creados con fallas. No tenemos mucho de dónde morder. Pero eso es lo que somos.

VALERIA: ¿Y eso vale? ¿Es posible no ser lo que somos, sino escritos por alguien?

MARGARITA: Es como la idea de Dios. Alguien nos está escribiendo.

VALERIA: ¿Alfonso Ramírez?

MARGARITA: Es lo más probable. Y me parece que esto pronto ya va a terminar.

(De nuevo, los doce destellos. Vuelve a llover. Margarita abre su paraguas y Valeria sube el bate como si lo fuera a proteger de la lluvia. Margarita se ríe. Pero el bate de béisbol, de pronto, se convierte en paraguas y Valeria se ríe de ella. Música queda hasta el inicio de la última parte.)

MINUTO 5: *Sin respirar*

(Con las cosas de la tienda, Margarita y Valeria hacen un sitio para dormir.)

VALERIA: *(Le da una toalla)* Toma. En el baño dejé pasta para los dientes. Es que a esta hora y con este silencio, el supermercado parece el hogar.

MARGARITA: Mejor que el hogar, porque aquí hay de todo.

VALERIA: Y no te pegan.

MARGARITA: Ni te pagan

VALERIA: Aunque deberían.

MARGARITA: Aprovechemos la noche de la abundancia.

VALERIA: Lo que desees en 14 pasillos de supermercado. Todo tuyo. ¿Dentífrico? Hay. Enjuague bucal; hay. Toallas sanitarias, hay. Toallas de las otras, también. ¡Pijamas! *(Le entrega una pijama ridículo)*

MARGARITA: No hay.

VALERIA: Sí hay, pero fea.

MARGARITA: Entonces no hay

VALERIA: No hay.

(La echan a un lado)

MARGARITA: *(Se quita la blusa)* Yo dormiré en ropa interior, si no te molesta.

VALERIA: Adelante, esta es tu casa. ¿Dormirás con los enlatados o con las frutas?

MARGARITA: Contigo.

VALERIA: ¿Y eso no sería como un delito?

MARGARITA: ¿Es que acaso las víctimas podemos cometer el mismo crimen por el que somos heridas? ¿Esos no son los mártires?

VALERIA: Entonces mejor duermes del lado de los sacrificados.

MARGARITA: Al lado de los libros de Alfonso Ramírez.

VALERIA: Algunos libros son malos para los sueños.

MARGARITA: Entonces dormiré con las harinas, para que se me ponga el sueño pesado.

VALERIA: Si tienes frío puedes ir hasta las neveras y te mueres rico.

MARGARITA: O con las pastillas

(Valeria la ve tomar una de las aspirinas.)

VALERIA: No son buenas para matarse.

MARGARITA: ¿Tú qué sabes?

VALERIA: Te quedas dormida y ya. Pero nada más.

MARGARITA: ¿Es en serio?

VALERIA: ¿En serio qué?

MARGARITA: ¿Qué has intentado matarte?

VALERIA: Por supuesto que sí. ¿Qué tipo de mujer crees que soy?

MARGARITA: Eso no es “por supuesto”. La gente no se quiere matar. La gente quiere hacer todo lo posible para vivir.

VALERIA: Y yo también. Pero a veces me ha dado por matarme. No te preocupes, que no es nada serio.

MARGARITA: ¡Matarse no es nada serio!

VALERIA: Quiero decir la razón.

MARGARITA: Eso es casi peor.

VALERIA: Lo que sea, ya pasó. Y tú: ¿Qué pasó cuando intentaste matarte?

MARGARITA: Yo no he dicho nada.

VALERIA: ¿Qué pasó?

MARGARITA: Tampoco pude hacerlo.

VALERIA: ¿Por qué?

MARGARITA: Ya no lo recuerdo.

(Valeria pone cara de no creerle)

VALERIA: Muy bien. *(Va hacia un estante)* ¿Vino?

MARGARITA: Ese es vino de cocina.

VALERIA: Igual, salva el alma. *(Ambas beben)* Habla, villana.

MARGARITA: Me sucedió tres veces.

VALERIA: ¿Tres veces te intentaste matar?

MARGARITA: Pero nunca lo hice. Ni siquiera el intento real.

VALERIA: Porque...

MARGARITA: No pude escribir la nota.

VALERIA: ¿La nota de suicida?

MARGARITA: No la pude escribir. Tenía enfrente la página en blanco y no supe qué escribir. Ni siquiera sabía a quién iba dirigida. La comenzaba con un “perdónenme” general, y luego no sabía qué más escribir. En eso se me iba el tiempo y luego se me olvidaba lo que iba a hacer.

VALERIA: *(bebe, ríe)* ¡La nota!

MARGARITA: Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! No sabes lo difícil que son las aclaraciones de los suicidas. Nunca sabes cómo empezar. Lo primero que quieres es no escribirla, y eso no ayuda. Luego, no herir a nadie, que nadie se sienta culpable, ni siquiera él, que por lo demás ya te ha golpeado cinco veces y te ha pedido perdón una sola vez. Porque sabes que de todas maneras todos creerán que él ha tenido algo que ver. Así que la nota no tiene que ser precisa, y es entonces cuando se abre una oportunidad para la poesía. No hablar directamente del tema, obviar el conflicto, hablar en sueños, hacer reales las alucinaciones, pero dejar claro que él no te ha matado porque la que se ha asesinado eres tú.

Tienes ese privilegio. A ti, que te lo han quitado todo, tú, la víctima perfecta, tienes el objeto final. Matarte es tuyo y es para estar orgullosa.

VALERIA: Hasta de la nota fantástica debes estar satisfecha.

MARGARITA: Una nota suicida con toques de realismo mágico.

VALERIA: Una nota increíble, una nota suicida en literatura.

MARGARITA: O en teatro.

VALERIA: ¿Todavía se escribe teatro?

MARGARITA: ¡Y yo qué voy a saber!

VALERIA: De todos modos, esas son muchas palabras para una nota suicida. Incluso para el teatro.

MARGARITA: Luego, está el tema de lo que piensan de ti una vez que te mueres. Mientras estás viva eres de lo peor; la más aborrecible y gorda, histérica, inútil, estúpida, cuatrera, inservible, soltera, anónima, fundamentalmente fea. Pero una vez que te mueres, entonces todos te echan de menos, por buena, maravillosa, inteligente, servicial, talentosa, esposa, nunca se ha visto una mejor Gerente de Hipotecas en el Banco Nacional y sobre todo, tan bella y preciosa en sus 13.665.600 minutos de hermosa.

VALERIA: (RIÉNDOSE) Es que nada como la muerte para perder la vida.

MARGARITA: Por eso mi última nota de suicidio tenía solo dos palabras: Perdón y Gracias.

VALERIA: ¿Gracias? ¿En una nota de suicidio?

MARGARITA: “Gracias” puede ser una palabra muy dramática. Además, la muerte me pone muy nerviosa.

VALERIA: No es para menos. Dicen que la muerte es una enfermedad incurable.

MARGARITA: Me refiero a Internet. (*Bebe de nuevo*) Esto del vino de cocina me cae mal al estómago. (*Tomando una lata de goma*) ¿Crees que pueda oler un poquito?

VALERIA: ¿Goma?

MARGARITA: (*Leyendo la etiqueta*) Dice que es para la escuela.

VALERIA: Bueno, entonces es pedagógica. Pero no te pases.

(Margarita huele un poco. Valeria también)

VALERIA: A ver, dime; ¿Qué es lo que te hace Internet que no te deja escribir la carta suicida?

MARGARITA: El problema son las claves. Sólo yo las conozco y después de muerta, ¿quién se hará cargo de mi vida social en Internet, Twitter, Facebook, My Space, LinkedIn? ¿Quién responderá mis mails?

VALERIA: Si te vas a matar... ¿Qué te importa?

MARGARITA: Me importa, porque es como seguir viva, sin sufrir la vida. Que la gente siga hablando contigo, enviándote correos, fotos de sus fiestas, niños que nacen, éxitos, como si tú estuvieras viva. Y luego, con las respuestas automáticas, de pronto llegarán mensajes míos a otras personas que saben que ya estoy muerta y les parecerá raro y hasta cómico que yo siga molestando aún cuando ya no estoy por aquí.

VALERIA: Muy bien, vamos a hacer un trato: si te mueres, yo me encargo de tu vida social en Internet.

MARGARITA: Gracias. ¿Ves? Lo dejo todo en tus manos.

VALERIA: No olvides darme tu clave.

MARGARITA: Es muy fácil: “Cinco minutos”

VALERIA: Cinco minutos. Listo. ¿Cinco minutos de qué?

(De pronto se oye un ruido reverberado por toda la tienda, como algo que se cae. Margarita se pone alerta)

VALERIA: No es nada.

MARGARITA: Un ruido.

VALERIA: La tienda hace ruidos.

MARGARITA: ¿Sola?

VALERIA: ¿Tanto miedo le tienes?

MARGARITA: Terror. Le tengo terror. Y es tanto el terror que le tengo, que creo que él no lo sabe.

VALERIA: El terror encubre.

MARGARITA: El terror no disfraza ni cambia la realidad de los que lo rodean, sino la de los que lo ven.

VALERIA: ¿Y cómo podemos los demás ver tu terror?

MARGARITA: Cuando comience la cuenta regresiva.

VALERIA: ¿De cuánto tiempo?

MARGARITA: Cinco minutos.

VALERIA: En cinco minutos puedo ver el terror.

MARGARITA: En cinco minutos aparece el terror

VALERIA: ¿Y ese terror es?

MARGARITA: Que él venga hasta aquí y me duela.

VALERIA: Pero no sabe dónde estás.

MARGARITA: El terror sabe.

VALERIA: No te preocupes, que aunque venga a buscarte, no podrá entrar. Estamos encerradas. La tienda te protege. Vamos a ver; en vez de matarte, o que te mates, o te maten, te propongo un plan.

MARGARITA: ¿Goma con medicina para la tos?

VALERIA: Vente conmigo. (*Margarita queda perpleja*) Nos vamos juntas, lo dejamos todo y a todos. “Hay que irse y vivir o quedarse y morir”

MARGARITA: Quedarse y morir...

VALERIA: Le dijo Romeo a Julieta.

MARGARITA: ¿Y en esa historia no terminaron todos muertos?

VALERIA: Los llamamos y les decimos que los abandonamos para siempre. Y nos vamos a...

MARGARITA: ¡Nueva York! Que es la única ciudad que se ve original por la tele.

VALERIA: Eso, Nueva York. Y compramos una casa de contado, nada de hipotecas malditas de Bancos miserables; será la casa más grande que exista, una casa linda con parque gringo y jardín de televisión y caballos briosos.

MARGARITA: Pero tiernos con los niños.

VALERIA: Y nuestros hijos, tuyos y míos, crecerán en un prado hablando inglés.

MARGARITA: Y casándose con gente buena y de muy buenos y excelentes modales.

VALERIA: Que no le pegue a sus esposas.

MARGARITA: Gente agradable que lea libros...

VALERIA: Ya me veo conduciendo feliz por las ciudades que vemos en la tele.

MARGARITA: Ciudades en las que nunca les sucede nada malo a los buenos porque al final, las mujeres buenas, como nosotras, siempre ganan, aunque sean feas como yo.

VALERIA: Nueva York. ¿Te vienes conmigo? ¿Ah? ¿Te vienes? ¡Nueva York! ¡Nueva York!

(Las dos ríen como niñas. De pronto, Margarita le da un beso. Se trata de un beso hermoso, como el que siempre hemos querido dar y recibir. Ambas se ven. Y como si lo hubieran decidido al mismo tiempo, sacan sus teléfonos portátiles. Se ven de nuevo. Margarita marca primero, luego Valeria. Es obvio que ambas dejan un mensaje)

MARGARITA: *(Al teléfono)* Hola, soy yo.

VALERIA: *(Al teléfono)* Hola, Valeria.

MARGARITA: *(Al teléfono)* Imagino que viste que era yo quien llamaba y has decidido no responderme el teléfono, que es lo que yo también hago contigo. Eso dice mucho. Dice mucho de ti y de mí...

VALERIA: *(Al teléfono)* Imagino que estarán sorprendidos de que les deje este mensaje. Nosotros no nos dejamos mensajes, nunca nos decimos nada. Pero les dejo este mensaje para que no crean que estoy muerta.

MARGARITA: *(Al teléfono)* No tengas miedo a lo que te voy a decir. Sé que por eso me agredes, porque tienes terror de oírme decir algo de lo que estoy pensando.

VALERIA: *(Al teléfono)* Un mensaje para que se olviden de mí, o quizás, para que este mensaje se autodestruya en cinco minutos.

MARGARITA: *(Al teléfono)* Es todo y la verdad, no es casi nada. Quería informarte que me desaparezco de tu vida.

VALERIA: *(Al teléfono)* Sí, ya sé que me han olvidado hace mucho tiempo, pero igual les digo que lo dejo todo y me voy. Me voy lejos.

MARGARITA: *(Al teléfono)* Adiós

VALERIA: *(Al teléfono)* No regreso a casa nunca más.

(Ambas cuelgan. Se ven. Oyen una canción de la tienda. Ella la acaricia. Se vuelven a besar y se arrodillan)

MARGARITA: Desde hoy, cuando oiga una canción, cualquier canción preciosa y perfecta, veré tu cara, y cuando vaya por el metro pensaré que estoy contigo e imaginaré que estamos juntas, que vivimos en otros sitios, en otros lugares, que existimos escondidas también en otros sitios y en otros lugares donde otros nos encuentran y en el que cada vez que nos encuentran, volvemos a escondernos, aunque no mucho, porque lo que nos gusta es nos encuentren.

VALERIA: Y que por eso dejamos pistas.

MARGARITA: En los libros de Alfonso Ramírez.

VALERIA: Pistas regadas por el mundo.

MARGARITA: O en este mundo, aquí mismo en esta tienda; hoy dejamos los libros subrayados para que nos encuentren porque las citas fueron creadas para eso.

VALERIA: Esas son las citas

MARGARITA: Citas que nombras

VALERIA: Citas que señalas

MARGARITA: Citas que notificas

VALERIA: Quedas

MARGARITA: Provocas

VALERIA: Avisas

MARGARITA: Adviertes

VALERIA: Esas son las citas y estas las respuestas

MARGARITA: Las citas claves de mi vida contigo, una vida que no ha sucedido nunca y que sin embargo, ya ha ocurrido.

VALERIA: Esas son las citas y esos son los libros que han sucedido.

MARGARITA: Y que han existido. Y esa también soy yo; la que define el libro, que resume la cita; esa que no se parece a mí, pero que soy yo. Y este es el fin de mi historia. *(Lee de un libro)* “La poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre”

(Oímos “Spiegel im Spiegel”. Las luces comienzan a hacerse más presentes. Oímos también sirenas a lo lejos el murmullo de gente)

MARGARITA: Tus palabras son tranquilas, pero tienen un gran peso, tus palabras son de una tensión amarga.

VALERIA: Es que todos nos hacemos un relato en el que somos el protagonista.

(Valeria se levanta y se aleja un poco, Margarita queda arrodillada. Valeria ve la hora.)

VALERIA: Ya han pasado cinco minutos.

MARGARITA: ¿Desde que cerraron? ¿Cinco minutos? No lo creo, ha pasado mucho más.

(Entonces la música sube un poco de volumen. Luz que rodea a Margarita)

VALERIA: *(Señala el sitio donde está margarita)* Ahí fueron los disparos.

MARGARITA: ¿Cuáles disparos?

VALERIA: Los del atentado en la tienda.

MARGARITA: ¿Fue aquí?

VALERIA: Ahí mismo. El asesino llevaba un morral. Se acercó por este lado. Vio que estábamos por cerrar. Le preguntó algo a Mónica, la cajera. Y luego, sacó un rifle y comenzó a disparar.

MARGARITA: Doce disparos certeros. Ahí cayó el jefe de seguridad, allá la otra cajera, aquí el señor que estaba pagando su compra. Por este lado dos más.

VALERIA: Y tú, tú caíste aquí, al lado del estante de libros.

(La música sube un poco más. La luz se hace también más brillante)

MARGARITA: ¿Yo?

VALERIA: Te volteaste, le viste a la cara y caíste aquí, Margarita tan bonita, tan bonita como tú.

MARGARITA: No entiendo

VALERIA: El disparo entró en tu cabeza.

MARGARITA: Pero yo... ¿Cuándo?

VALERIA: Cuando pasabas por aquí.

MARGARITA: Yo venía de compras...

VALERIA: Por primera vez...

MARGARITA: Y quizás me detuve en la tienda de mascotas...

VALERIA: Porque pensaste en comprarte una gata...

MARGARITA: Nunca he tenido una gata.

VALERIA: Pero ahora quieres una.

MARGARITA: Porque lo voy a abandonar a él.

VALERIA: Entonces, viste mi cara.

MARGARITA: Sabía que trabajabas aquí.

VALERIA: Y decidiste informarme sobre tu despido del Banco.

MARGARITA: Y por un segundo me pregunté.

VALERIA: Cuando te vi caminando para acá.

MARGARITA: ¿Será que he hecho este viaje hasta aquí para decirle que he perdido mi trabajo?

VALERIA: Y entonces me dije:

AMBAS: ¿Vendrá por mí? /Vengo por ella?

MARGARITA: Si apenas lo conocí en el Banco.

VALERIA: Si solo la he visto unas tres veces.

MARGARITA: Si no sé nada sobre ella.

VALERIA: Una fantasía.

MARGARITA: Un juego.

VALERIA: Un sueño.

MARGARITA: Alucinaciones.

VALERIA: Ficciones.

MARGARITA: Citas

VALERIA: Encuentros

MARGARITA: Referencias literarias.

VALERIA: Personajes en una obra.

MARGARITA: Mal escritos.

VALERIA: Mal dibujados.

MARGARITA: Y de pronto...

VALERIA: Comenzaron los disparos.

MARGARITA: No vi nada.

VALERIA: Nadie te vio, pero ahí estabas.

MARGARITA: ¿Y entonces?

VALERIA: Entonces tu marido Alfonso Ramírez, gritaba tu nombre y siguió disparando.

MARGARITA: ¿Y yo?

VALERIA: Tú caíste aquí.

(La música comienza a desaparecer lentamente y se mezcla con gritos de heridos, sirenas de ambulancia y policía. Valeria corre hacia ella y le sostiene la cabeza. Pide ayuda)

VALERIA: *(En tiempo real)* ¡Margarita, no pierdas el conocimiento! No te vuelvas a ir!
¡Auxilio!

VOCES: ¡Ponle presión en la herida!!No dejes que se vaya...! ¡No dejes que se vaya!

VALERIA: ¡Mantén los ojos abiertos!

VOCES: ¡Pregúntale algo!

MARGARITA: ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

VALERIA: Óyeme bien, Margarita. Tienes cinco minutos en el suelo; y yo te sostengo la cabeza. Hago presión para que no salga mucha sangre, para que no se te inflame el cerbero, para que tengas una oportunidad hasta que vengan los de la ambulancia.

MARGARITA: ¿Y dices que eso pasó hace cinco minutos?

VALERIA: Cinco minutos

MARGARITA: “Hoy sufro desde más abajo...
Me duelo...sin explicaciones”

VALERIA: ¡Aguanta, Margarita!

MARGARITA: Tengo frío.

VALERIA: ¡No te vayas!

MARGARITA: ¡Hay golpes en la vida, tan fuertes...! ! Yo no sé!

VALERIA: ¡No te vayas!

MARGARITA: No...respiro.

VALERIA: ¿Qué dices?

MARGARITA: ¿Cómo llamas a la realidad que imita a una metáfora?

VALERIA: ¿Qué?

Sólo quedan ellas dos iluminadas en escena. Aparece también iluminado el estante de libros usados. Detrás de ellos vuelve a llover, pero ni Margarita ni Valeria se mojan. Valeria levanta la mano, para comprobar que no llueve sobre ella. Entonces, mira directamente al público, no solo extrañada por el agua, sino por la presencia de los espectadores.

Música.Oscuro

FiN